



# Santos populares del Uruguay llegados de la Lucania

**Renzo Pi Hugarte**

Profesor Titular de Antropología

Se conoce perfectamente -y desde hace mucho tiempo- que el culto a ciertos santos y vírgenes considerados particularmente milagrosos por lo que a su intervención se orientan angustias y las esperanzas de vivir, ha arraigado con tanta fuerza entre los pobladores de Italia que conforma un definitorio elemento de caracterización de sus sistemas de creencias y valores.

Pero además, el santo -o la virgen- de un lugar concreto, el patrono del sitio y de quienes de allí son, constituye un símbolo de identificación de esas personas. Y así ocurre tanto cuando desenvuelven su vida en el ámbito natal, como cuando se han visto obligados a buscar sustento en otros países.

En la época en que se desataron los procesos de emigración masiva, tantos y tantos italianos que consolidaban las cadenas migratorias prometiendo a parientes, amigos y vecinos que el nuevo ambiente aseguraba alcanzar con aceptable facilidad cosas que en la lejana aldea se veían como imposibles, se llevaron a tierras de ultramar como emblema que los distinguía, sus santos y sus vírgenes. De tal manera, con ellos ubicados en el nuevo asentamiento, simbólicamente seguían permaneciendo en el hogar natal; era como si nunca se hubieran alejado de él.

Por supuesto, que esto pasó cuando los grupos de emigrantes pudieron mantenerse unidos, en una colonia nucleada. Entonces se hizo posible continuar cultivando el dialecto y la culinaria locales y hasta una cierta endogamia. Y, por supuesto, confiando de manera inmovible en la protección de su santo o su virgen. Poco importaba en tales casos si ese santo o esa virgen recibían el reconocimiento oficial de la Iglesia; si ésta se preocupaba por designar un cura para que se ocupara de la parroquia nueva, la que se levantaría bajo la advocación del santo o la virgen venida del lejano pueblo italiano; si apoyaba económica-

mente la construcción de ese nuevo templo, o si se desentendía del grupo de emigrantes. Por lo general, los santos llegados con los inmigrantes, durante los primeros tiempos, no contaron, como es fácil imaginarlo, con edificios dedicados a su culto. Lo corriente fue que reposaran en un rincón de la casa de algún paisano más o menos acomodado, o que itineraran entre los domicilios de varios de los del mismo pueblo.

En los tiempos en que los inmigrantes italianos llegados a los países del Plata - y lo mismo ocurrió en otras partes del mundo- pudieron conservar la condición de miembros de colectividades sólidas, definidas por el sitio de procedencia, resultó inconcebible que alguno venido de ese pueblo, no fuera devoto de su santo. Si así ocurrió en contadas ocasiones, por obra de la decisión de algún “anárquico”-más por temperamento que por ideología- la consecuencia fue que el mismo descreído dejaba de considerarse como perteneciente no sólo a la colectividad de los fieles, sino a la sociedad de los procedentes de ese pueblo de origen. Más adelante, cuando la dinámica de las ciudades nuevas -siempre en crecimiento rápido; multiplicando y complicando permanentemente sus emprendimientos económicos, sus formas de vida, sus estructuras de relación- los santos y las vírgenes traídos por los inmigrantes italianos, o fueron cayendo en el olvido, o vieron ampliado el número y tipo de sus seguidores, quienes ya no serían únicamente los del pueblo del que provenían. En otras palabras, en las ciudades del Plata, al consolidarse una vasta población inmigrante de lugares muy diversos- por cierto que no sólo italiana- y del propio interior de estos países, los santos y las vírgenes italianos también debieron adaptarse al nuevo medio sociocultural<sup>1</sup>. Así pues, de igual manera que los inmigrantes primigenios-aquellos que no tuvieron más remedio que soportar las actitudes xenófobas de los lugareños, traducidas en tratamientos autoritarios o perdonavidas y en designaciones ridiculizantes (tanos, yacumines, bachichas, gorutas y tantos etcéteras similares) para conseguir, al fin, integrarse por derecho propio al mundo que inevitablemente construían a crear a pesar de los rechazos- también los santos gringos terminaron por acriollarse.

60

Como es fácilmente comprensible, este proceso ha marcado la historia y cultura de los países del plata en el último siglo y medio. El presente trabajo pretende mostrar cómo tuvieron lugar en el Uruguay dos casos similares a los caracterizados de manera por demás somera: el de San Cono, traído en el siglo pasado de Teggiano, en la actual provincia de Salerno; y el de San Rocco, llegado de Satriano, en la Basilicata, a mediados del presente siglo.

La región de la que proceden estos dos santos populares arraigados en el Uruguay y que se ubica en los territorios de la antigua Lucania, proporcionó en la época de la gran inmigración, crecidos contingentes a los países del Plata. Es por demás conocido que por ese entonces, la señalada parte de la Italia meridional se encontraba en una afligente situación de postergación. La sobrevivencia de estructuras de organización y dominaciones económicas, aún caracterizadas por claros componentes feudales, funcionó como decisivo estímulo para el abandono de los lugares natales, especialmente el campo. El bienestar, por veces mínimo que allí resultaba de obtención dificultosa sino imposible, se entendió realizable a través de la aventura americana. En todo ese ámbito geográfico, además, era notoria la persistencia de supersticiones y prejuicios, expresivos de las formas arcaicas de organización social y familiar allí prevalentes<sup>2</sup>.

Alcanza con examinar un buen mapa de Italia para comprobar que en ninguna otra región hay tantas pequeñas ciudades, pueblos, aldeas, parajes, cuyos nombres

<sup>1</sup> Carlos Zubillaga: “Religiosità, devozione popolare e immigrazione italiana in Uruguay”. En: Fernando J. Devoto et al.: *L'emigrazione italiana e la formazione de l'Uruguay moderno*, Fondazione Giovanni Agnielli, turin, 1993.

<sup>2</sup> Paolo Apolito: *Ritualità arcaiche e modelli ecclesiastici nelle tradizioni popolari del Vallo di Diano*; Pietro Laveglia Editore, Salerno, 1980.

constituyen apellidos bastante comunes en el Río de la Plata, como en las zonas de Salerno y la Basilicata, así como en la más próxima de Calabria. En la parte de la que proceden los santos a los que nos venimos refiriendo, se encuentran sitios que se llaman: Aiello, Brianza, Buccino, Caccia, Caserta, Castagneto, Cerchiaro, Cervinara, Chirico, Cirigliano, Contursi, Corleto, Cesena, Gravina, Laurino, Marsano, Marsico, Matera, Melfi, Miglionico, Montaldo, Monteforte, Montemurro, Montesano, Monteverde, Padula, Picerno, Pisciotta, Sassano, Scalone, Sersale, Tramutula, Tricarico, Trivigno, etc. etc. y en muchos casos sus correspondientes patronímicos. Es evidente, por otra parte, que varios de estos nombres de familia han recibido en el Uruguay y en la Argentina, deformaciones de origen cacofónico y cacográfico. Esto, que como ya dijimos no pasa en el caso de otras regiones de Italia - o por lo menos no pasa con la abundancia señalada- es un ejemplo más de la importancia que los llegados de esas tierras tuvieron en la formación de la sociedad y la cultura rioplatense.

Muchos de los devotos uruguayos de San Cono, ni siquiera saben que éste procede de Teggiano y que es el patrono de esa ciudad. Para la enorme mayoría, es el santo de Florida<sup>3</sup>.

Florida es una ciudad de unos 30.000 habitantes, capital de un Departamento de unos 10.000 kilómetros cuadrados, dedicado fundamentalmente a la explotación pecuaria<sup>4</sup>. Es también sede de obispado, y por situarse apenas a unos 100 km. al norte de Montevideo, experimenta en muchos sentidos fuerte influencia de la capital de la república. En Florida se declaró en 1825 la independencia del Uruguay. Allí se encuentra la capilla de San Cono y allí se realiza todos los 3 de junio, la mayor fiesta religiosa de un país que se distingue por no ser mayormente religioso.

En el día indicado, tiene lugar la conmemoración de la muerte del santo, y esto nos coloca ante un sentimiento de sorpresa por la contradicción que encierra: la evocación de su deceso sirve de motivo para un enorme festejo que dura varios días, con toda la parafernalia de diversiones diversas, fuegos artificiales, retretas, carreras de caballos y gran feria callejera donde se vende de todo, y por supuesto, las esperadas artesanías ingenuas "kistch" que toman por motivo al propio San Cono.

Otros artículos son también objeto de venta, y éstos se vuelven prácticamente los únicos que son mercados frente a la Capilla: números de lotería, boletas de "quiniela", de "tómbola" de 5 de Oro, lo cual resulta perfectamente lógico puesto que San Cono es el santo de la suerte, el que ayuda a quienes en él confían a que consigan acertar sus apuestas.

Esta peculiar fama del santo no es, desde hace mucho tiempo ya, solamente local y ni siquiera nacional. Quien esto escribe, ha adquirido en los kioscos que venden revistas en la Estación Retiro de Buenos Aires, literatura hagiográfica de cordel sobre San Cono, en la que se dan recetas para ganar en los juegos de azar; uno de los libros conseguidos es obra de un escritor boliviano<sup>5</sup>. En otra oportunidad, hace más de 10 años, encontró en la pequeña ciudad de Guaranda, al pie del gigantesco Chimborazo, en la República del Ecuador, otro pequeño libro sobre los milagros de San Cono, que allí es por completo desconocido.

El secreto del descomunal éxito popular coniano, tiene que ver con el cambio que en esas tierras se operó respecto de su significación original, con lo cual ha quedado firmemente vinculado a una gran pasión rioplatense que tiene también origen en la Italia del sur y más concretamente en Nápoles: la quiniela. Los uruguayos, -y los ar-

<sup>3</sup> Miguel Ángel Salinas: *Historia y milagros de San Cono (El Santo Milagroso de Florida)*, ed. Fénix, Florida, 1949. Idem Waldemar Jiménez Casco: *San Cono - Fenómeno religioso de un país*, Imprenta Rosgal, Montevideo, 1994.

<sup>4</sup> Gloria Galán: "Florida - Buen ganado y poca gente", *Semanario Brecha*, Montevideo, 24 de febrero de 1989.

<sup>5</sup> Anónimo: "San Cono y la Sibila para sacar la suerte"; típico folleto de cordel, hecho en Buenos Aires sin indicación de editorial ni fecha de publicación.

gentinos- debemos también a los “tanos” el justo complemento popularmente relacionado con las azarosas combinaciones numéricas: la idea de que los sueños anticipan crípticamente las cifras que habrán de salir en los sorteos inmediatos; y así nuestras “smorfias” (que así sin traducción, se siguen llamando y se pueden solicitar en cualquier negocio dedicado a las apuestas) reproducen las napolitanas. San Cono es de manera particular, el protector de los quinieleros y por eso la literatura popular que a él se refiere, mezcla el relato de sus milagros con recetas para traducir las imágenes oníricas a números a los que casi obligatoriamente habrá que apostar.

Pero vayamos con menos prisa. Cono habría nacido en Teggiano en el siglo XI y, según cuenta la leyenda, su venida al mundo ya estuvo tocada por el hábito de lo maravilloso. Sus padres no habían tenido hijos y ya estaban fuera de la edad que les permitiera procrear; una noche, ambos soñaron un sueño idéntico, en el cual un haz de luz procedente del cielo, llegaba al vientre de la anciana. Al día siguiente, buscaron que el cura local descifrara el significado de todo eso, y este indicó que tal sueño no dejaba lugar a dudas: Ignia -que así se llamaba la mujer, y atención a la idea de fuego que el nombre evoca como una referencia más a la luz misteriosa, como lo ha señalado Apolito<sup>6</sup> - alumbraría un niño que estaría signado por la santidad y al que debían poner el nombre de Cono, por la forma del rayo divino llegado en el sueño, según una versión. Otra, más pedestre aunque más patriótica, sostiene que ese nombre extravagante le fue puesto en homenaje al lugar natal, puesto que la ciudad de Teggiano se erige sobre un otero aislado en medio del valle de Diano, que presenta la forma de un cono truncado.

62

Durante la infancia de este niño nacido para ser santo sin alternativas, su biografía no recoge ningún hecho digno de memoria, excepto algo que también se vincula a los mitos del fuego, y también sugiere la extrañeza provocada por lo contradictorio: en determinado momento, el pequeño huye de la casa paterna porque desea ingresar al convento de Santa María de Cadossa en la cercana localidad de Montesano; y allí lo va a buscar su padre para reintegrarlo al hogar, por más que ambos progenitores se enorgullecieran de la extremosa piedad del crío. Y Cono, en Cadossa, para que el padre no lo descubriera y lo obligara a seguirlo, se esconde dentro del horno de pan que estaba encendido, pero no sufre ni el más leve chamusque.

De la misma manera que el nacimiento de Cono estuvo marcado por lo extraño, su deceso conforma otro milagro. Se reitera en esta leyenda un tema común a toda la religiosidad popular: el anuncio de su propia muerte para un momento preciso, la que habrá de producirse indefectiblemente sin razón que la justifique. Por lo general en estas estructuras legendarias se suele agregar el detalle de la incorruptibilidad del cuerpo, y también que el mismo exhala aromas delicados, nada parecidos a la esperable cadaverina; ya se sabe que la santidad es siempre perfumada. Tales muertes anunciadas y admirables, cuya verdadera razón se asigna al celo divino, que no desea que su siervo privilegiado continúe entre la corrupción de los hombres comunes -mucho mejor es que los socorra desde lo alto, por supuesto- se producen siempre a edades tempranas: así, el tránsito de Cono por este valle de lágrimas, alcanza a los 18 años.

Tiempo después -1261- el cuerpo del santo ha de ser objeto de disputa entre Teggiano, su lugar natal y Cadossa, donde se ubica la abadía en la que profesó y donde murió. Para solucionar el diferendo, se apeló a un peregrino cortejo, que va a conformar otro de los milagros eminentes del personaje: colocado su féretro en una carreta tirada por dos bueyes ajenos a ambos lugares, y puesto en un punto equidistante de los sitios que pretendían tener esos restos venerados, se dejó que los animales decidieran

<sup>6</sup> Paolo Apolito, op. Cit., 1980

hacia dónde ir<sup>7</sup>. Y marcharon hacia Teggiano. Desde entonces, Cono santificado por el pueblo - ya que sería canonizado oficialmente por la Iglesia muy tardíamente, en 1871 pasó a ser el protector de la ciudad a la que habría de defender de los ataques sarracenos y cristianos en aquellos convulsionados siglos, y también de terremotos. La iconografía popularizada lo muestra volando para atajar las balas de los cañones de las tropas sitiadoras de Teggiano y también sellando grietas de la cúpula de una iglesia que había sido quebrada por un temblor de tierra<sup>8</sup>.

Existió realmente San Cono o fue uno de los santos creados por la imaginación popular en la Edad Media?. Si así fuera, la Iglesia, seguramente por el fervor que ha despertado en épocas y lugares tan distantes de los que se pretende que vivió, no lo ha derrocado de los altares como ha hecho con algunos otros, como San Cristóbal o San Jorge, por ejemplo. Quienes se inclinen por la realidad histórica del personaje, podrán alegar que en Teggiano se guardan sus huesos; argumento, con todo, no demasiado convincente en vista de las innumerables reliquias atribuidas con aparente seguridad a diversas personas- y no solamente religiosas, que luego, y a la luz de los despiadados exámenes técnicos de ahora, ha resultado no ser ni siquiera de la época que se suponía<sup>9</sup>. Quienes duden de la historicidad de Cono, tal vez apunten que su vida, y sus milagros, en rigor, reflejasen la situación propia de esa región de Italia, cuya lejanía la apartaba de los cambios socioculturales que se empezaban a producir en otros sitios en aquellos momentos, y que anunciaban el período renacentista. De todas maneras, lo que más importa, no es la precisión confirmada de circunstancias que pueden interesar a los cronistas, sino el hecho de que ingentes cantidades de fieles en todo el mundo, estén absolutamente convencidos de que los ruegos dirigidos a San Cono, serán siempre atendidos. Lo que se le requiere, por otra parte- como en toda expresión de la religiosidad popular de cualquier tiempo y lugar- no tiene que ver con las cosas trascendentes como la salvación, el perdón de las culpas y los pecados, la claridad del juicio para tomar decisiones importantes de la vida. Se le piden en realidad, cosas mucho más tangibles, que aunque puedan parecer mucho menos serias, son tal vez más preocupantes pues tienen que ver con la salud del cuerpo antes que la del alma, con el amor, con el dinero. En el reparto de especialidades sobrenaturales, a Cono le ha tocado -aquí y ahora por cierto- ocuparse de esto último.

En 1870, se establece en Florida, Uruguay, un grupo de inmigrantes teggianeses. Eran principalmente labriegos y en un principio se dedicaron a producir en las afueras de la pequeña ciudad, hortalizas para consumo local. El Uruguay de entonces vivía un notorio proceso de modernización y gozaba de considerable prosperidad. Las ciudades y los pueblos del interior del país, mejor comunicadas con la capital y puerto por el ferrocarril, el telégrafo y la red de caminos que se iba ampliando y mejorando, no sólo recibían conjuntos importantes de inmigrantes europeos, sino que transformaban los

<sup>7</sup> Sugestivamente este relato repite elementos presentes en el referido al “Volto Santo” (Santa Faz) de Lucca, lo que hace pensar que se trata de la misma estructura mítica narrativa, difundida en la Italia medieval. Al respecto, la leyenda cuenta que el auténtico retrato de Cristo fue tallado por Nicodemo después de la crucifixión, gracias a que sus manos fueron dirigidas por ángeles; esa talla habría sido encontrada muy posteriormente por el obispo Gualfredo, quien la colocó en un barco sin tripulación -también conducido por ángeles- que finalmente arribó a Luni, pequeño puerto del Tirreno cercano a La Spezia. Los habitantes de Lucca quisieron apoderarse de la imagen, pero como también querían tenerla los de Luni, resolvieron el diferendo colocándola en una carreta tirada por dos bueyes -uno de cada localidad- los que sin titubeos se dirigieron a Lucca. El “Volto Santo” aún está allí, en la iglesia de San Martín; su estilo muestra que fue ejecutado en el siglo XI y no en el I como se pretende.

<sup>8</sup> Entre varios materiales hagiográficos, ver “La voce di S. Cono”, Bolletino di S. María, S. Francesco e di S. Giuseppe Operaio, Nuova Serie, anno III, numero speciale. Tipografia Cantelmi, Salerno, 1980. De igual manera, Mons. Amabile Federico: *San Cono Cittadino e Protettore di Teggiano e Diocesi*, Edizioni Cantelmi, Salerno, 1971.

<sup>9</sup> A propósito recordar las polémicas desatadas entre científicos a propósito de su tumba vaticana, o las discusiones referidas a la autenticidad de los huesos de Colón y Pizarro.

estilos de vida que hasta entonces los habían caracterizado. Entre otras cosas, los gringos fueron acostumbrando a los lugareños a variar una dieta hasta ahora indefectiblemente carnívora, complementándola con productos de sus cultivos: los tomates, las cebollas, las lechugas y escarolas, los repollos y coliflores, las remolachas, nabos y zanahorias y tantas otras vituallas que la tierra podía proporcionar si se la cultivaba, como por cierto sabían hacer los “gringos”<sup>10</sup> (10). El éxito económico y social de los teggianeses establecidos en Florida, tuvo mucho que ver con esos cambios socioculturales, por más que muchos de ellos también hicieron fortuna en el comercio.

El primer grupo de inmigrantes fue necesariamente reducido y estuvo compuesto por Aloy, Bruno, Casella, Dalto, Morella y Pezzani. Estos armaron la cadena migratoria que en un segundo momento, trajo de Teggiano a Florida a los Carnevale, Carlo, Collaborda, Corrado, Cosentino, Delucca, Dia, Furiatti, Larroca, Mastrángelo, Nicola, Petrini, Rossini, Sansiviero, Uricci; no faltando inclusive aquellos que lucían apellidos españoles, recuerdo del tiempo en que estos dominaron amplias regiones de la Italia del sur, como Moreno o Vázquez.

Seguramente los primeros años los dedicaron al trabajo duro y sin pausa, forma de ganarse un lugar de cierto privilegio en el nuevo medio. Pero en la medida en que la colonia prosperó, necesitó también afianzar su unión y su identidad. Para eso se encomendó en 1882, a Blas Aloy y Francisco Dalto (interesa anotar, como indicio tal vez de un cierto grado de integración al país de recibo, que los nombres de pila de los teggianeses siempre adoptan la forma castellana; nunca se menciona en los documentos de la época a Biaggio Aloy o Francesco Dalto por ejemplo) para que viajaran a Italia a fin de traer de allá una imagen de San Cono<sup>11</sup>. Así se hizo y en principio, se la ubicó en la propia casa de Blas Aloy, sin duda uno de los más ricos e influyentes miembros de la colectividad. Pero en el mismo año indicado, se obtuvo de la Intendencia Municipal de Florida la concesión de un predio en el que se construiría la capilla para el santo. Al año siguiente, se organizó la Comisión Administrativa de la Capilla, institución cuya continuidad sigue hasta el presente. La misma ha estado integrada siempre por hombres y todos los que la han compuesto- con escasísimas excepciones- descenden de los primitivos inmigrantes, pues llevan los apellidos que antes se consignan, con las alternancias que cabe esperar. Pronto se levantó una capilla que, pasado el tiempo, sería demolida para dar lugar a la actual, más amplia.

64

En 1885, “los italianos” de Florida decidieron sacar en procesión por primera vez a “su santito” (reproducimos expresiones de la época). Se cuenta que la piedad de los teggianeses provocó las burlas de los habitantes del lugar, no acostumbrados a las expresiones públicas de devoción. Esas befas parecería que resultaron intolerables para el santo, quien esa noche misma, obró su primer milagro uruguayo, todavía vinculado a la especialidad que le había granjeado el reconocimiento unánime en Teggiano, aunque a la inversa: los terremotos. Pues bien, en este suelo en el que por su estructura geológica jamás ha habido temblores, se produjo uno que únicamente dañó la casa de aquella familia que había reído al paso del santo. Naturalmente esos criollos comprendieron que habían sido destinatarios de un aviso divino, por lo que pasaron a ser los más fervientes seguidores del “santito de los italianos”, a pesar de la desgracia que éste les había deparado.

Estamos, como indicamos antes, en 1885, y parecería que con el relato legendario que resumimos, se quiere aludir al momento en que San Cono comienza a ser aceptado

<sup>10</sup> Daniel Vidart y Renzo Pi Hugarte: *El legado de los inmigrantes (II)*, Editorial Nuestra Tierra, Montevideo, 1969.

<sup>11</sup> Hugo Riva: “San Cono: rasgos biográficos”, en *Florida*, Colección Los Departamentos, Editorial Nuestra Tierra, Montevideo, 1970.

como santo uruguayo. Vale la pena, a este respecto, tener presente que, aunque desde lejanos siglos fue el santo de Teggiano, la estatua suya que se levanta en la plaza Municipio de esa ciudad, fue emplazada en 1859, y que se lo declaró Protector de la misma recién en 1962. Casi podría afirmarse por lo tanto, que el San Cono de Florida, en cierto modo ha recibido en su segunda patria reconocimientos en algunos aspectos anteriores a los que ha tenido en su hogar natal, ya que para 1962, hacía mucho que San Cono era objeto de reconocimiento en todo el Uruguay y también en países vecinos, como lo señalamos.

No está claro, sin embargo, cuándo fue que San Cono resultó relacionado con los aciertos en la lotería y la quiniela. Ello ocurrió seguramente en este siglo, pero se afirmó de manera definitiva hacia los años 30 y 40. El mito incipiente parece haberse consolidado por el hecho de que el 5 de junio de 1945 (dos días después de la celebración de San Cono) el premio mayor de la lotería nacional cayó en Florida y el número ganador terminaba en 03. Número por excelencia del santo. Este pasmoso suceso - coincidencia para unos, manifestación palpable de lo sagrado para los demás- se repitió varias veces, a punto tal que la Administración de loterías y quinielas, decidió, desde 1950, no aceptar apuestas al 03 en los sorteos próximos al 3 de junio. Pero esto no ha logrado desalentar a los apostadores sanconianos puesto que hay muchos otros números poseedores también de virtud mágica por estar de alguna manera relacionados con las cosas del santo. Así, el 11, por ser ése el siglo en que vivió; el 18 por ser la edad que tenía al morir; el 25 porque habría nacido ese día de setiembre; el 26, por ser el número que le corresponde a la Capilla en el ordenamiento de las casas de la calle en que se levanta; el 71 por el año de canonización en el siglo pasado; el 85 porque en 1885 comenzó en Florida su culto público, y así hasta llegarse a un conjunto de números que deja pocos afuera de los que alguna vinculación puede tener con el santo y sus asuntos. A propósito- y más bien para poetizar con un toque fantástico el prosaísmo de la investigación sociocultural- relataré simplemente que el sorteo que se efectuó el 3 de junio de 1993, el primer premio correspondió al 108, y ese día se cumplían justamente 108 años de la llegada de San Cono a Florida! En tal ocasión, quien esto escribe había concurrido con sus alumnos de Antropología a observar y registrar el hecho folklórico de la gran procesión y la gran feria<sup>12</sup>; muchas personas, incluidos algunos colegas nos reprocharon sorprendidos que no se nos hubiera ocurrido apostar a ese número.

Esto no debe alarmar demasiado al lector ajeno a utilizar la superstición como método de consolación: hemos entrevistado a muchísimos seguidores de San Cono que han declarado no ser católicos y ni siquiera, algunos, vagamente religiosos o cristianos, e inclusive, también a otros que se han reconocido como ateos; pero con idéntica seguridad, has sostenido ser “sanconistas”. Podrán pues estos curiosos devotos no creer en Dios, ni en la destinación, ni en el Cielo o el Infierno, pero sí en que San Cono favorece en los juegos de azar a los que en él confían. Esta fe tampoco resulta afectada en lo más mínimo si se demuestra que, de acuerdo con el cálculo de probabilidades, los números sanconianos - y particularmente el 03- han resultado mucho menos favorecidos de lo que correspondería. Los mitos, como se sabe, no requieren de confirmaciones objetivas.

Entre aquellos que año a año se imponen la obligación de concurrir a la procesión del santo en Florida, son escasísimos los que conocen de manera somera, lo que fue San Cono o lo que significó en su lugar natal, y eso, de todos modos, parece algo que

<sup>12</sup> Existe una descripción de todo eso hecha casi 30 años atrás por Paulo de Carvalho Neto: “Folklore floridense: contribución (Culto a San Cono)”, publicada en Lima en 1957.

se ubica en un tiempo y en un lugar demasiado remotos por lo que importa muy poco. En este país, el santo no puede cuidar a los suyos de invasiones o terremotos; todo eso, incluido el extrañísimo e inconfirmado temblor floridense que castigó a los burlones de su primera procesión, se sitúa en un tiempo mítico primordial aunque no repetible<sup>13</sup>. Aquí en Florida, San Cono auxilia a sus seguidores en sus problemas de trabajo y salud y también -arriesgándose a invadir los terrenos de San Antonio de Padua- puede hasta conseguir novio a alguna temerosa de quedarse “para vestir santos”, precisamente. Pero más allá de tales favores, así como otros cuya importancia no queremos desmerecer, su asunto seguirá siendo la quiniela.

En la lógica de la religiosidad popular, el milagro impetrado supone el ofrecimiento de una paga por su cumplimiento; se establece entonces una relación contractual sinalagmática entre el plano terrenal y el sobrenatural, de manera que para que se cumpla lo que se reclama, hay que dar a cambio algo cuyo valor de algún modo, se estime como equivalente; si por fin el prodigio se concreta, con mucha más razón debe ser pagado ese favor de naturaleza divina. Es por esto que la imagen del santo está literalmente cubierta de joyas y otros objetos valiosos dados por los promesantes; los billetes adheridos al ropaje de la estatua, conforman casi otra vestidura. (Las habladoras propias del pueblo muchas veces se han nutrido de los comentarios malevolentes referidos a que las mujeres de los miembros de la Comisión Administradoras de la Capilla, hacen sus compras con billetes que tienen las perforaciones producidas por los alfileres con que los fijaron al manto de la imagen quienes los donaron).

El hecho de que la Iglesia no tuviera arte ni parte en la conducción del culto a un santo que se tornaba progresivamente más masivo -aparte de autorizar a un sacerdote ordenado que oficiara misas en la Capilla-, de que quedara fuera de su mano la administración de los bienes que se iban acumulando como pago de promesas, provocó primero su desconfianza y después su encono, todo lo cual vino a desembocar en una lucha abierta entre la Iglesia y la Comisión Administradora de la Capilla. Algo así como una pequeña guerra de causa religiosa en un país que se ha preciado de su tolerancia. Hacia 1926 se detectan los primeros entredichos entre ambas partes, pero las hostilidades se rompieron abiertamente y con dureza, en 1946<sup>14</sup>. En ese año, el entonces obispo Mons. Miguel Paternain, trató de que los católicos respetuosos de las jerarquías de la Iglesia, se apartaran de la veneración al San Cono popular y tradicional. Para ello colocó otra imagen en la catedral de la ciudad; no obstante, tal santo - al que el pueblo denominó “el impostor”- nunca resultó milagroso: el cumplimiento efectivo de lo solicitado seguía dependiendo del verdadero, del de siempre, del traído por los italianos. Procuró también la Iglesia recambiar la significación del santo, atribuyéndole patronazgo sobre “la juventud”<sup>15</sup>, seguramente inspirándose para ello en la temprana edad en que murió, lo cual provoca algunas sorpresas, por cierto. Pero era ya demasiado tarde para que tal idea prendiera en las masas, para las cuales la fuerza mágica del santo residía en su capacidad para decidir los premios de la quiniela, cosa que nada tiene que ver con las edades.

Lo realmente grave empero, fue que ese obispo llegó a pronunciar el anatema para aquellos que osaran ir a la procesión tradicional y no a la que él organizaba también el 3 de junio, con la nueva imagen. En verdad, no consiguió mucho éxito con tal medida: las gentes, evidentemente temían menos quedar fuera de la Iglesia que enaje-

<sup>13</sup> No se trata pues de un ‘illo tempore’ en el sentido utilizado por Mircea Eliade, en que el hecho inaugural del mito resulta siempre presente a partir de retornos periódicos organizados ritualmente.

<sup>14</sup> “San Cono pasó la mar”, artículo firmado por Juan de Lara (seudónimo de Alvaro Fernández Suárez), semanario Marcha, 7 de junio de 1946, Montevideo. Igualmente, “San Cono no tiene cura... pero tiene suerte”, artículo de Manuel Flores Mora, publicado también en el semanario Marcha en 1952.

<sup>15</sup> Fr. Contardo Miglioranza y Fr. Emiliano Buffoli: “San Cono, patrono de la juventud”, Buenos Aires, 1976.

narse los favores del santo. El obispo pidió además a la policía que prohibiera la procesión y la impidiera si se desobedecía la orden con el uso de la fuerza pública. Por todo eso, desde 1957, hubo en Florida dos procesiones por San Cono, ya que prudentemente las autoridades nacionales no quisieron pronunciarse respecto de cuál de ellas era la legítima: si la de la Iglesia, a la que iban unas pocas beatas obedientes, o la otra, a la que concurría cada vez más gente y de lugares más distantes.

La Iglesia había resuelto, entre tanto, ampararse en la justicia civil del Estado - tal vez en vista de que las penalidades sobrenaturales no provocaban temores- alegando que la Constitución de 1917, que había consagrado el Estado Laico en el Uruguay, separado de la Iglesia, había acordado a ella el dominio sobre todos los templos católicos del país. El Juez de Primera Instancia rechazó la demanda por entender que la Capilla de San Cono había sido erigida por un grupo de particulares en sus propios medios mucho antes de 1917, y que ni la Iglesia ni el Estado hubiera puesto nada para su construcción, por más que el terreno hubiera sido donado por el Municipio. Apelada esa sentencia por la Iglesia, el Tribunal de Apelaciones la confirmó<sup>16</sup>. Y aquí, una vez más, el ala del misterio volvió a azotar la realidad: en el sorteo de la lotería del día en que se dio el fallo confirmatorio de los derechos de la Comisión Administradora de la Capilla de san Cono, ¡el primer premio terminó en 03!. “El Heraldó”, diario floridense, tituló el ejemplar de esa fecha, 4 de junio de 1952: “¡Se cayó la estantería: los curas perdieron el pleito y salió el 03!”.

Vale la pena que hagamos una pequeña digresión: “El Heraldó” ha sido, y es, un órgano de prensa fuertemente inspirado en las ideas laicistas e inclusive anticlericales, distintivas del pensamiento de los que siguieron desde un principio al gran reformador del Uruguay moderno: José Batlle y Ordóñez. Por eso, el equipo de redacción del diario no perdía ocasión de mofarse de la Iglesia a propósito de la ventaja creciente que el culto popular de San Cono tomaba respecto del propio del catolicismo oficial, así como de los desesperados afanes de la misma por apoderarse de su feligresía y -por qué no- de su tesoro. Al mismo tiempo, sin embargo, como ese conjunto de periodistas sostenía también una actitud despreciativa frente a todo lo que se mostrase como inaceptable creencia vulgar indigna de respeto, así como de la manipulación que de la misma pudiera hacerse, tampoco se embanderaba en una defensa a ultranza del sanconismo. Constituye un capítulo aún no escrito sobre la lucha de las ideas en el Uruguay contemporáneo, el análisis de lo publicado durante años por “El Heraldó” sobre todas estas cuestiones. En especial, las tituladas “Apostillas Sanconinas”, debidas por mucho tiempo a la pluma mordaz de Francisco Guichón. Por supuesto, como fue habitual en las corrientes críticas respecto de la región, surgidas del liberalismo avanzado y de la izquierda desde las primeras décadas de este siglo, se enfatizaba la hipocresía y la falta de piedad auténtica por parte de los feligreses -y mucho más de los propios sacerdotes- de aquello que era entendido como el cultivo de los valores distintivos de la honestidad cristiana; esta era sobreentendida en su sentido erótico. Así, “El Heraldó” no dejaba de levantar su dedo admonitor por la década de los años 40, señalando que en la procesión de San Cono, se veían “chicas en pantalones”.

La disputa teológica-político-económica entre la Iglesia y la Comisión Administradora, se resolvió de una manera muy especial, que corresponde a la aplicación de valores propios de los descendientes de los inmigrantes, para los cuales el santo era por siempre suyo y de nadie más. La Iglesia, finalmente, dando muestras de tacto, alejó al obispo recalcitrante en 1960 y nombró a otro que tenía fama de buen negociador y que

<sup>16</sup> Las “Sentencias que reconocen la propiedad de esta Capilla a favor de la comisión Administradora”, fueron publicadas por la misma Comisión en Florida, Talleres Gráficos GADI, en 1963.

además, era italiano: Mons. Humberto Tonna. Este mismo ha contado que lo primero que hizo al asumir el obispado, fue dirigirse a la Capilla de San Cono para hablar con los miembros de su Comisión Administradora, presidida entonces por Francisco Morella, al que le dijo: “Soy gringo como ustedes y nos vamos a entender”<sup>17</sup>, dando por sentado que el común origen hacía que se manejaran ambas partes con supuestos conocidos. El acuerdo, rápidamente logrado, refleja el sentido de practicidad tan característico de la Italia meridional y de tantos de sus hijos establecidos en el extranjero; la Iglesia se comprometía a designar un párroco para la Capilla de San Cono; lo que se recaudara en ella por misas, bautismos, casamientos, funerales, sería para beneficio de la Iglesia; lo que la Comisión recibiera como ofrendas de los fieles al santo, sería administrado por ésta sin injerencia de la Iglesia. Se liquidó así aquel peculiar cisma y San Cono pudo entrar otra vez dentro del sistema ritual oficial. Hasta ahora, el pacto ha funcionado de maravillas; volvió a haber una sola procesión que, además, pasa pro la casa obispal; el obispo -si no va en la procesión- sale al balcón a cumplimentar al santo, quien -mediante una calculada maniobra de los que cargan sus andas- se inclina ligeramente correspondiendo al saludo de Monseñor. Pero además, desapareció de su nicho en la catedral floridense el otro San Cono, “el impostor”, el inepto para influir en la suerte.

68

Como San Cono ha terminado por ser el gran santo criollo -a despecho de que otros emigrantes teggianenses lo hayan llevado también a Brooklyn, al Canadá, a Australia, a Venezuela, abundan en su museo las ofrendas de los héroes deportivos uruguayos. Allí se ven algunas camisetas que el día del triunfo en la final contra Brasil llevaron algunos de los campeones mundiales de fútbol de 1950, y por supuesto, muchas más de campeonatos diversos internacionales o nacionales; varias bicicletas con que se ha ganado la Vuelta Ciclista del Uruguay; los guantes con que algunos boxeadores obtuvieron victorias que juzgaron importantes; motocicletas retorcidas por accidentes en los que sus conductores salvaron la vida; multiplicidad de trajes de novia -de aquellas que gracias al santo consiguieron casar (y cazar) a prometidos irresolutos- y que como ejercicio de caridad se prestan a las pobres que no tienen dinero para comprarse uno; montañas de anillos y de alianzas matrimoniales, de relojes tanto valiosos como ordinarios, de collares, ajorcas, aretes, monedas de muchos países, etc., etc.. Hay varias vitrinas en las que se acumulan objetos de oro, y todo eso, fuera de las alhajas más vistosas y caras que se han adherido al manto del santo; las pulseras que llenan sus brazos, los collares de pedrería y perlas que se amontonan en torno a su cuello. También abundan las ofrendas sin valor crematístico pero que han tenido considerable importancia sentimental para quienes decidieron donarlas, lo que conforma un heterogéneo conjunto de rarezas, entre los cuales destaca un tapiz que representa la Casa Blanca de Washington flanqueada por las efigies de Lincoln y de Kennedy, seguramente recuerdo de un emigrado a los EEUU que es posible que haya conseguido la visa gracias al santo...

Es obvio que la riqueza acumulada en el museo de la Capilla terminaría por despertar la codicia de algunos cacos dispuestos a desafiar la ira del santo. Un buen día se produjo lo que era previsible y que exageradamente se calificó como “el robo del siglo” (en Florida, naturalmente), resultando vaciadas las vitrinas de las joyas que contenían. Después la policía recuperó algo, pero aún así, se afirma que la pasmosa magnificencia actual es nada frente a lo que fue ese depósito de ofrendas antes del saqueo. Como es de imaginar, también se cuenta que los ladrones aprehendidos, no

<sup>17</sup> Mons. Dr. Humberto Tonna: “Carta – San Cono: Hace 100 años llegó su imagen a Florida”, folleto publicado sin indicación de editorial en Florida en 1985.

sólo han sufrido la penalidad impuesta por la justicia, sino oscuros y terribles males derivados de su sacrilegio.

El acriollamiento de San Cono se aprecia por doquier en el Uruguay pues en cualquier lugar hay alguna casa de comercio -tienda, almacén, bar, restaurante, verdulería, carnicería, panadería, talleres variados, etc.- denominada "San Cono". Son muchísimos los varones que llevan el nombre de Cono, entre los cuales han destacado en actividades como el deporte o la política, lo que ayuda más aún a la difusión del nombre; un Intendente Municipal de la propia Florida ha tenido ese nombre. Bastante menos común aunque también utilizada, es la variante femenina Cona<sup>18</sup>.

La fiesta del 3 de junio, por caer en el invierno austral, a veces coincide con días tormentosos e inclementes, no obstante los fieles de San Cono afirman que si ese día llueve, la lluvia habrá seguramente de cesar a la hora de la procesión. En la ocasión se congregan en Florida miles de personas llegadas de todo el país y de los países vecinos, lo que permite el éxito de la feria que se extiende por muchísimas cuadras, a pesar de que los feriantes indefectiblemente sostengan que las ventas fueron mejores en años anteriores. Toda la ciudad vive para ese día en que se ve totalmente colmada de vehículos y personas. Hace ya varios años que el Gobierno Departamental decreta feriado el 3 de junio. Y esa inmensa fiesta, hace mucho que dejó de ser una celebración religiosa propia de los italianos inmigrantes. Son escasos los descendientes de aquellos que trajeron al santo -incluidos los que han integrado la Comisión Administradora de la Capilla- que hayan ido a Teggiano. Un obispo de Florida fue recién en 1992. Muchos de los devotos no tienen idea del origen del santo; descendientes de inmigrantes de otros orígenes, también lo han adoptado como propio: valga apenas el ejemplo de que para la última fiesta, de uno solo de los muchos clubes gallegos de Montevideo, se fletaron cerca de 30 omnibuses para llevar a los que querían participar en la procesión.

El acriollamiento del santo, ya lo hemos dicho, está directamente vinculado con el cambio de su significación, ajustándose al sentido de la religiosidad popular propio del pragmatismo corriente. Por cierto que no se descarta que algunos fieles se preocupen por la destinación de su alma y esperen que el santo abogue por su salvación, pero los más, apuntan sus ruegos a solucionar mediante el dinero conseguido con las apuestas que el santo puede dirigir, acuciantes problemas cotidianos que no pueden ser resueltos por medios racionales; y cuando ello no ocurre, la esperanza puesta en el milagro pedido, opera como medio cuya eficacia, aunque puramente simbólica, es igualmente reconfortante. El ya citado obispo Tonna lo dijo "...el santo se las ingenia para favorecer a su clientela...". La utilización del término "clientela", que alude a la comercialidad del trato antes que a su contenido místico, como es evidente, constituye para un antropólogo interesado en los valores sociales y su transformación, una "gaffe" por demás significativa para el entendimiento profundo de esos valores con referencia a la religiosidad popular. Es algo que, ciertamente, va mucho más allá de las anécdotas sanconianas; pero esta no es la ocasión de envolvernos en tales disquisiciones teóricas.

Los inmigrantes procedentes de Satriano, en la Basilicata, que trajeron al Uruguay a San Rocco, llegaron en 1947. Sin temor a equivocarnos podemos por lo tanto decir que estos italianos han compuesto el último remanente de una corriente migratoria que tanto contribuyó a la conformación del Uruguay de hoy. San Rocco -como se le sigue llamando, sin castellanizar su nombre a Roque- no es en realidad un santo italiano; tiene sin embargo un enraizamiento en la península y por eso son muchos los pueblos que lo tienen como patrono. En esto se distingue netamente de San Cono que es únicamente patrono de Teggiano. Por eso mismo, este San Rocco, el satrianense, es,

<sup>18</sup> W. Jiménez Casco, op. Cit.

por lo menos, el segundo que llega a Uruguay: hacia 1870, la colectividad de labradores italianos establecida en la zona de granjas próxima a la ciudad de Carmelo, en el Dpto. de Colonia, ya había inaugurado una capilla para San Roque en pleno medio rural, la cual, remozada tiempo después, permite que hasta el presente los fieles del contorno realicen una procesión anual<sup>19</sup>.

Por la época en que llegaron los inmigrantes satrianenses han presentado un perfil muy particular, en el que son notorios los cambios que se habían ido operando en su sistema de valores tradicionales, tal como ocurrió en muchos otros lados de Italia con el campesinado, después de las conmociones que supuso el período fascista y la Segunda Guerra Mundial<sup>20</sup>. Su ethos ha mostrado mezcladas tendencias conservadoras y renovadoras; el afán de integrarse de manera rápida y sin rispideces a la sociedad receptora y a la vez, reivindicar orgullosamente la comarca de origen. Es preciso aclarar que la idea de pertenencia, apunta primero siempre a la comarca y luego a la provincia, antes que al país; esto no ocurre solamente con los satrianenses sino con los campesinos italianos migrantes en general. Es posible que lo que ahora podemos observar en los satrianenses, reproduzca lo que caracterizó a los inmigrantes campesinos del sur llegados en épocas anteriores al Plata. Por eso, nos proporcionan un ejemplo casi de laboratorio sociocultural, que permite apreciar cómo se va cumpliendo la acomodación al nuevo medio y también, cómo los descendientes de los inmigrantes continúan las tradiciones de sus mayores o las dejan de lado<sup>21</sup>.

Este San Rocco, más que objeto de celo religioso, ha sido el emblema del lugar de procedencia. Y esa procedencia, ese origen, supone una cualidad a la que se asignan virtudes más o menos mitificadas<sup>22</sup>. Pero aparte de esa referencia, los satrianenses han ido perdiendo el uso del dialecto local -no la lengua italiana, ya que muchos de ellos no la manejaban- el que ya no es hablado por sus hijos nacidos aquí. Se ha ido perdiendo también la culinaria local, que aunque no sea demasiado variada ni singular, ha cedido rápidamente su lugar a la comida uruguaya, o mejor aún, a la versión uruguaya de las comidas italianas introducidas por inmigrantes arribados el siglo pasado. La música regional es, cada vez más, una rareza que se escucha únicamente -y siempre entreverada con todo lo que esté de moda- durante la fiesta del santo.

La propia fiesta de este santo, también ha ido cambiando; por lo menos, y desde un principio, en su momento se hacía en Italia en el verano, pero como al cambiar de hemisferio las estaciones resultan invertidas, a fin de no hacerla aquí en la época de mayor frío -lo que si ocurre con el San Roque de Carmelo- se trasladó para el primer domingo de diciembre.

El grupo satrianense ha mantenido una unidad considerablemente sólida, a pesar de no haber existido nunca el afán de autoexcluirse o de desalentar los matrimonios con gentes de otras partes; sienten además, que la cultura popular del Uruguay no difiere tanto de la suya y que no es una barrera para su integración. Parecería que hay que buscar la razón del sostén de su unión, en el hecho de que la mayoría de los satrianenses se han dedicado a la misma actividad económica, la que por otra parte, les ha resultado por demás exitosa: la venta de verduras y frutas en ferias vecinales. En esta tarea, por cierto, queda algo del pasado campesino: por lo menos el comercio se

<sup>19</sup> Gianni Marocco: *Gli italiani in Uruguay*, ed. Franco Angeli, Milán, 1986. Ver igualmente C. Zubillaga, op. Cit.

<sup>20</sup> Feliks Gross: "Contadini, rocche e contrade della Ciociaria", (Studio sul mutamento dagli obiettivi collettivi agli obiettivi individuali); Istituto di Statistica e Ricerca Sociale 'C. Gini', Università degli Studi di Roma, 1973.

<sup>21</sup> D. Vidart y R. Pi Hugarte, op. Cit.

<sup>22</sup> Peppitto Guarino: "I Lucani nel Mondo", edición del autor sin indicación de lugar, publicada probablemente en 1970.

hace con los productos de la tierra y éstos, son conocidos y apreciados como solamente puede hacerlo un labriego.

El símbolo más relevante de la unidad del grupo, ha sido el santo. Antes de dos décadas de su arribo a Uruguay, se hace traer una réplica de la imagen del patrono de Satriano; y en 1964, se la instala en una capilla dedicada a otros santos también venidos de Italia - San Gerardo y San Demetrio- situada en la zona viñatera de Melilla, en las afueras de Montevideo, que igualmente habían sido traídos por inmigrantes de origen campesino. El club social que agrupa a los satrianenses, en cambio, se funda un poco más tarde: en 1970<sup>23</sup>. Luego, la generosidad, la devoción y el orgullo local de algunas personas- y principalmente de Gelsomina Pascale, que fue la que aportó la mayor cantidad del dinero necesario- permitieron que en un predio de 4 hectáreas situado en Villa García, a 22 km. de Montevideo, se levantase la capilla propia de San Rocco.

Si se observa la procesión de este santo cuando se lleva a cabo en ese lugar, en medio del campo, donde las mujeres llevan unos pesados adornos hechos con velas y flores llamados “centas” sobre sus cabezas como acto de devoción; si se aprecia el estilo de la imagen del santo y las andas en que es llevado, así como la manera en que son cargadas y el hecho de que se pague por ello; y también la música que ejecuta la banda contratada así como la que toca algún viejo bandoneonista que revive canciones “de allá”, se puede tener la sensación de que se está ante un ejemplo perfecto de transferencia cultural sin cambio alguno<sup>24</sup>. Empero la realidad es otra y esas similitudes son apenas formales. Los jóvenes, que antes de la procesión se resisten a bailar tarantelas u otras danzas populares italianas -que sí son disfrutadas por los mayores- no quieren durante la procesión cesar de bailar cumbias y rocks. Las comidas típicas, transportadas desde las casas, aunque a veces se preparan en el lugar y regadas con vinos caseros, deben competir -y desventajosamente- con el asado criollo hecho de manera profesional y con las bebidas industriales

Estos desencuentros hacen que los jóvenes, los descendientes de los satrianenses que ya se sienten uruguayos plenos -aparte de serlo legalmente- año a año se alejen más y más de esta celebración que para muchos de los de la vieja generación, la de los inmigrantes, constituye la única ocasión en que vuelven a encontrarse con otros paisanos. La fiesta de San Rocco, con todo el encanto que ofrece con su procesión de tipo rural, muestra un claro aire decadente. Casi es posible presagiar que permanecerá apenas el tiempo que consiga sostenerla la generación inmigrante, ya considerablemente envejecida.

Este santo, al contrario de San Cono, no ha conseguido despertar la veneración que distingue a éste. Acaso ello se deba a que San Rocco aparece como intercesor en asuntos de salud, y en esto, enfrenta rivalidades muy poderosas: por el lado práctico, una salud pública aceptablemente eficaz; de la parte del sistema simbólico, la competencia con otros santos y vírgenes populares, pero sobre todo, la imparable acción proselitista de los neopentecostales con sus “empresas de curación divina”.

El estudio del proceso de inserción en el universo mágico-religioso uruguayo de estos dos santos llegados de la región de la antigua Lucania, así como de los mecanismos de asimilación de quienes los trajeron, no sólo permite penetrar de manera comprensiva en las características mentales, morales, y -obviamente- culturales de esos inmigrantes de la Italia meridional, sino que también hace que pueda comprenderse la

<sup>23</sup> “20 años de Colectividad Satrianese (sic) ‘San Rocco’”, publicación de la Colectividad, Montevideo, 1984.

<sup>24</sup> Ejemplos de todo lo señalado correspondientes a Italia, pueden verse en Paolo Apolito: “Tradizioni popolari”, publicado en el libro colectivo *Il Cilento – Tesoro della Campania*, ed. Stagioni d’Italia, Napoli, 1992.

esencia misma de la religiosidad popular, esto es, la persistente búsqueda del pequeño milagro cotidiano.

## Post scriptum (mayo de 1995)

Gracias a la generosidad y al afán investigativo de la Prof. Rosa M. Grillo, me fue posible conocer los lugares de donde partieron los emigrantes que llevaron con ellos al Uruguay a los santos Cono y Rocco.

Pocas veces, es verdad, un investigador se hace una idea precisa de cómo son los sitios de origen de los inmigrantes objeto de sus estudios. En demasiadas ocasiones, sin duda, tiende a imaginarlos de manera por demás negativa, acaso por la influencia inconsciente que en él han provocado los relatos de los dramas insitos en la decisión de emigrar. Por otra parte, poca información se encuentra por lo general respecto de la geografía de esos lugares: ya se sabe que siendo Italia tan rica en bellezas naturales y obras de trascendencia histórica acumuladas a través de los siglos, los paisajes urbanos y rurales de los pueblos y aldeas de esta parte del sur, no parecen haber entusiasmado a los que componen las guías de turismo y las postales que tratan de difundir lo memorables de tantas partes. Las fotografías que los inmigrantes pueden conservar, o las que han recibido de sus parientes y amigos que quedaron en el pago natal, por lo común son simplemente retratos, o se centran en la reproducción de escenas familiares en las que quedan ausentes los elementos del entorno. Creo, porque a mí me ha pasado, que todo investigador de los fenómenos de inmigración, genera la impresión de que cuando inquiere a sus informantes respecto de cómo son sus lugares de origen, éstos ponderan en demasía sus hermosuras. Esto inevitablemente lo lleva a pensar que asiste a la explicitación de un mecanismo compensatorio que procura aplacar los amargos recuerdos de pobreza y opresión que los obligaron a dejar para siempre esos ámbitos que pintan de manera tan envidiable. Sin embargo, al haber podido conocer directamente a Teggiano y Satriano, me he convencido no sólo de que los hijos de estos pueblos no exageraban nada, sino que más bien, se habían quedado cortos en sus alabanciosas descripciones.

72

No soy capaz de definir si Teggiano me impresionó más por la importancia de su enclave, o por las abundantes muestras de su antigua grandeza. Al arribar, es ya suficientemente impactante ver descollar en medio de la amplia planicie del Valle del Diano, el tronco cónico que sostiene en su cima la pequeña ciudad. Desde lo alto, se domina un vastísimo panorama de variados tonos de verde, salpicado de reducidos pueblitos. El valle se extiende de norte a sur y por él corre el río Tanagro, hoy canalizado, cuyo nombre nos recuerda que en la Antigüedad, esta fue zona de colonización beocia. Hacia el oeste, se eleva la mole colosal del Monte Cervati, que supera los 1800 metros; por el este, son los Monti della Maddalena los que cierran el plano, en el que resalta hacia esa parte cercana, la densa edificación de Sala Consilina, el núcleo urbano más importante de la región, por lo que se especula que puede llegar a ser la cabeza de una nueva provincia.

La edificación de Teggiano no es, en su mayor parte, medieval; pero sí lo es su estructura urbanística global, con sus barrios de callejas estrechas y retorcidas. Casi en cada recodo se encuentra una iglesita; su cantidad resulta increíble y su tamaño también pues algunas son diminutas. Han sido levantadas, o reconstruidas, en épocas diversas y en muchas de ellas hay obras de arte rescatables, aunque desgraciadamente con demasiada frecuencia muestran serios deterioros. En el conjunto, sobresale el castillo, que habiendo sido remozado en época moderna, sigue y recompone las defensas

del período feudal. Hoy, en su gran sala - recientemente refaccionada- sesiona el consejo municipal, además de servir de auditorio para conciertos.

Teggiano tiene una plaza que se prolonga formando su calle principal, “la vía Roma”. Ese espacio está presidido por la estatua de Cono, su santo patrono, colocado sobre una alta base con aspecto de obelisco. Allí se concentra la tenue vida comercial y social local. Por cierto que todo ese ambiente respira un peculiar encanto: antes del mediodía, las mesas de los cafés que allí hay y que se colocan en las veredas, acogen a señores maduros, correctamente vestidos de traje y de sombrero, que mientras toman sus aperitivos favoritos leen y comentan las noticias de los diarios de las urbes cercanas; el visitante tiene la impresión de asistir a una escena que podría situarse varias décadas atrás, por más que el anacronismo es desmentido por la presencia de automóviles de último modelo.

Hacia un lado de la columna de San Cono, sobre una calle lateral, hay un modesto monumento rematado por un ángel, donado por los teggianenses emigrados a Florida “Uruguay” (sic), en homenaje a su ciudad natal y a su santo.

Al llegar, por un momento temimos haber cometido alguna inexplicable imprudencia cuando, al preguntarle a la encargada de un bazar enfrentado a la estatua del santo por la ubicación de la iglesia que guarda sus restos, se echó enseguida a llorar. Sin embargo, entendimos prontamente que su emoción respondía sólo a la intensidad de su piedad, sacudida porque pocos días atrás, unos ladrones - que naturalmente, se aseguraba enfáticamente no podían ser de allí - habían robado unos angelotes de plata que decoraban el altar que contiene la urna con los huesos de Cono. Por eso, la iglesia permanecía firmemente cerrada con llave, por más que tal medida resultase ya por completo inútil. Nuestro interés, el hecho de que viniéramos a Teggiano especialmente para conocer la iglesia de San Cono, la circunstancia de que fuéramos profesores universitarios y que yo viniera nada menos que de “Uruguay”, provocó una cierta conmoción en el ambiente local. La iglesia entonces fue abierta especialmente para nosotros, lo que también resultó aprovechado por un par de beatas que al parecer estaban al acecho para ver de qué manera podían hacer sus oraciones ante el santo milagroso.

Esta iglesia, denominada Santa María Maggiore, está situada en un lugar central pero queda apretada por las calles angostas; es de construcción reciente y no presenta mayores atractivos arquitectónicos, aunque se han integrado a su estructura viejas columnas con valiosos capiteles medievales. Posee además, algunos estupendos ejemplos del arte escultórico de aquellos siglos oscuros: un magnífico púlpito de 1271 y cuatro tumbas de caballeros que vivieron en el siglo XIV, todo excelentemente conservado. Estas obras podrían sin desmedro alguno, figurar en la mejor galería de antigüedades de Europa.

A un lado de esa iglesia, existe una especie de tienda-museo, donde se almacenan fotografías de distintas fiestas del santo, en Teggiano y en otros sitios; banderas de los países en los que es venerado el Santo; cuadros y cromos de factura convencional con la representación de sus milagros clásicos -no hay allí referencias a su capacidad para inducir los aciertos en la lotería y quiniela-; ropas que se utilizan en las procesiones; muchos exvotos. Nada parecido, con todo, al tesoro de Florida. También se venden en esa casa cuadros, estampas, estatuillas, medallas del santo, así como libros y folletos sobre su historia - o su leyenda, en fin- y sus prodigios. Llamen la atención las grandes fotografías que muestran la calle principal de Teggiano repleta de complicados adornos luminosos de sorprendente imaginación, bajo los que pasa la procesión, necesariamente nocturna. Para dar una idea de esto, se requieren las imágenes, pero a fin de aproximar una idea de la fantástica elaboración de tales adornos luminosos, digamos solamente que en alguno de los años pasados se ha llegado a figurar con luces a la vista de la célebre Piazza di Spagna de Roma (!!).

También la documentación gráfica allí reunida nos muestra que la procesión se complementa con desfiles de conjuntos folklóricos y competencias ciclísticas. En todo esto, es notoria además la diferencia con lo que tiene lugar en Florida cuando se homenajea a San Cono todos los 3 de junio.

Un vistazo a la guía telefónica local nos ha indicado que en Teggiano y en la vecina localidad de Prato, al pie del cerro, el nombre masculino de “Cono”, se utiliza con profusión. Pero a la vez, puede comprobarse que la fama de tal designación no se extiende a otros pueblos, ni siquiera a los más cercanos. Se nos dijo que en Calabria, se emplea el femenino “Cona”, pero allí, en el propio lugar del santo, no. Todo esto nos hizo pensar nuevamente en la diversa significación del santo en ambos mundos: en Teggiano, es el patrono de un sitio delimitado; en Florida, el protector de un bien abstracto -y además elusivo- como es la suerte, por lo que puede ser reverenciado por cualquiera que se sienta depositario de su poder milagroso y no sólo por los del pueblo en el que se encuentra su imagen.

Surgen además otras reflexiones: el Teggiano que apreciamos hoy, obviamente no es el del siglo en el que según se cuenta, vivió Cono. Prácticamente, nada queda en la actualidad del siglo XI, y si bien la ciudad puede haber tenido entonces una estructura parecida a la actual, sus calles y sus construcciones debieron tener otra apariencia a la actual, sus calles y sus construcciones debieron tener otra apariencia; todo el ámbito circundante, toda la comarca debió ser muy diferente. El aislamiento propio de esa época respecto de todo lo que se situara fuera del Valle del Diano, seguramente condicionó la vida de esta población, aparte de las amenazas de invasiones, siempre posibles.

Estas circunstancias están íntimamente relacionadas con lo que el santo representó para sus paisanos, así como la idea de entidad protectora que de él se llevaron los emigrantes.

74

Considero necesario agregar que en Teggiano, todos los que nos trataron, sin excepción, insistían en darnos algo - literatura sobre el santo y sobre la ciudad, vistas de la misma y de su entorno - que materializaran nuestros recuerdos del lugar. Y también, en convidarnos con los licores y las especialidades gastronómicas locales. Un clima de conmovedora cordialidad nos envolvió de continuo. Esos gestos, es natural, quedan firmemente estampados en la evocación. Pero también el hecho de que Teggiano - al igual que tantos otros lugares de la provincia de Salerno- es uno de esos extraños rincones del orbe en los cuales una fotografía disparada al acaso hacia cualquier parte, resultará siempre una obra de arte

\* \* \*

Satriano di Lucania no se encuentra actualmente lejos de Teggiano, aunque en tiempos de camino de herradura y sendas que había que transitar a pie, la distancia debió pesar de manera considerable. De hecho, no parece que haya habido relación entre estas poblaciones. Satriano en estos días corresponde a la provincia de la Basilicata; se ubica en una región de serranías relativamente suaves y considerablemente fértil. Es un pueblo bastante más chico que Teggiano, más vinculado además con el espacio rural circundante. Es, por supuesto, un pueblo antiguo, como todos los que se encuentran en esa región y las obras de defensa que han sobrevivido, les dan ahora un aire muy atractivo para quien los aprecie con ojos de turista. Satriano, pues, por las necesidades de defensa que se impusieron en el medioevo, ocupa una altura. Hacia el norte, a poca distancia, se alcanza a divisar la Torre di Satriano, aldea en que pertenece un ruinoso baluarte antiguo. Pero el propio Satriano tuvo su castillo que un terremoto derrumbó en años recientes y que no se reconstruyó; es claro que aquí no había un

santo especializado en impedir los efectos de los sacudimientos del suelo. Tal temblor de tierra, que tiró abajo la mayoría de las casas, respetó, con todo, el campanario de la iglesia de San Rocco, el cual, aunque antiguo, no tiene mayor valor arquitectónico.

Por eso, hay allí muchas construcciones recientes, lo que hace que los satrianenses que viven en Uruguay y que viajan a su pueblo con relativa asiduidad - es comprensible que por tratarse de una migración bastante cercana en el tiempo se conserven lazos de parentesco y amistad con gente del lugar- entiendan que es un elogiado rasgo de modernidad. El verdor del campo circundante obliga a pensar que no fue lo mezquino de la tierra lo que impulsó la emigración, sino, seguramente, el tipo de relaciones sociales predominantes.

No tiene pues el pueblo nada suficientemente destacado, y no parece haber una actividad local demasiado intensa. La facilitación que las actuales vías de comunicación -excelentes- permiten, hace que los lugareños mantengan relaciones laborales y de estudio con las ciudades mayores próximas, en especial, con Potenza. Por supuesto, hay siempre una buena correspondencia con los establecidos en Uruguay y el municipio local proporciona los medios para que todos los años se sortee entre los satrianenses de Montevideo, un pasaje aéreo que les permita hacer una visita a su comarca natal.

Por eso, el conocimiento de que ha llegado alguien que viene de Uruguay, mueve enseguida las referencias a los parientes y amigos, y hasta se exhiben las cartas y las fotografías últimamente recibidas. Parecería que se valorara más la asociación civil que nuclea la colectividad satrianense, que la obra religiosa que ha colocado en Villa García a San Rocco. En el propio pueblo no se nota que haya demasiada devoción por el santo, aunque siempre sea un referente simbólico del lugar.

También aquí se multiplicaron las muestras de aprecio y simpatía, traducidas, al despedirnos, en la insistencia de que lleváramos algunos embutidos caseros ya que de esa calidad, se nos decía, no los íbamos a encontrar en otra parte. Y era verdad.